

EL POSO DE LA HISTORIA

Se incluyen, en ella, documentos relativos al Rincón desde el siglo XIII a nuestros días. El lector podrá así formar su propia opinión sobre hechos o acontecimientos de los que posee sólo referencias incompletas y, en el mejor de los casos, de segunda o tercera mano.

Asimismo, esta sección comprenderá noticias y descripciones de los pueblos y aldeas del Rincón contenidas en obras de siglos pasados o principios del nuestro así como la cronología y los comentarios a datos relevantes de la historia de estas tierras.

Dos apólogos morales del ilustrado José Ríos

Dentro del campo de la creación literaria del ilustrado ademucero José Generoso Ríos y Tortajada¹ (Ademuz, 1700-Cullera, 1778), destacan los dos apólogos morales que aparecen inéditos en el manuscrito 193 de la Biblioteca de la Universidad de Valencia. Aun siendo piezas brevísimas, que apenas superan los tres folios, sobresalen por su inmediatez y frescura.

El término *apólogo* (del latín *apologus* y éste del griego ἀπόλογος) significa fábula o cuento. Pero encontrándonos en pleno siglo XVIII y en un ambiente ilustrado, poco dado a la fantasía novelesca, esas fábulas o cuentos suelen presentar un carácter didáctico, es decir, aportan una enseñanza. En los imaginados por Ríos esa enseñanza es de tipo moral, campo de indudable interés para el clérigo escritor.

El Buey

La primera fábula que presentamos el autor la tituló simplemente como *Apólogo moral*, sin embargo nos hemos permitido rebautizarla con el nombre de su protagonista: *El Buey*. El breve relato cuenta cómo un viejo buey, que está a punto de ser sacrificado por su dueño, da una lección a éste acerca del comportamiento del ser humano y de lo difícil que es conocer su carácter, por lo variado e imprevisible; al contrario que el resto de los animales de la naturaleza, que se comportan tal como se espera de ellos. La *libertad* y la sinceridad con que el buey se expresa ante su amo no impedirán que el fatal designio se consume.

¹ ESLAVA BLASCO, R.: “El doctor Ríos, anticuario y escritor del Ademuz del siglo XVIII”. En *Ababol*, nº 64. Ademuz, 2011. Pp. 5-16. Aquel trabajo se basó, además de lo ya conocido por la bibliografía, en la información proveniente del manuscrito 193 de la Biblioteca de la Universidad de Valencia, fuente que sirvió para concretar la trayectoria biográfica y profesional de Ríos, tanto sus conocimientos de numismática e historia antigua, como sus intereses literarios. Su persona fue dada a conocer en ESLAVA BLASCO, R.: “Noticias sobre escritores del Rincón de Ademuz en los siglos XVII y XVIII, según sus contemporáneos”. En *Ababol*, nº 49. Ademuz, 2007. Pp. 4-14.

En la transcripción de la obra se ha respetado en lo posible la ortografía y puntuación original, que únicamente se ha corregido en aquellos casos que hemos creído conveniente hacerlo para facilitar su comprensión, especialmente en lo que respecta a tildes. Veamos, pues, qué nos cuenta *El Buey* concebido por José Ríos²:

Mi vida que fue la más pesada, mi trabajo el más útil, mi comida la más abatida, mi felicidad la más constante; y aún después de mis días seré útil al dueño. Bastaríame, que, como á los demás, los achaques ó el tiempo me acabaran; pero, ¡que el mismo a quien serví tan desinteresado, acabe violento conmigo, solamente porque acabe de servirle bueno, para que muerto le sirva!

–Culpa á tu condición, dixo el hombre, que fuiste criado para servir.

–Para servir, dixo el buey al hombre, á buen seguro, que, si hubiera de servir a otro, llevara mejor premio. El gavilán premia con la libertad, y vida al pajarillo, que le sirvió una noche; a mí que serví noche y día me premia el hombre con la muerte. Creía yo que, en ser viejo, sería un pesebre mi enfermería; ahora conozco, que un trasón sería el galardón de mis buenos servicios. No había yo menester al hombre; que me sobra todo el campo para comida, me da bebida el primer arroyo ó pantano, y no necesito de más regalos; húbome menester el hombre, él me buscó para su vida, a él serví para mi muerte. Su contento fuera, que después de muerto, crecieran mis carnes, se doblaran mi piel, y mis huesos.

–¿Qué culpa tengo, en que tú seas buey?, dixo el hombre. Con esa pensión naciste, con esa pensión morirás, ó has de desar buey. Nacieras león; serías Rey de las Selvas; y si el hombre entonces te tuviera: quitaríate, sí, la libertad; pero te daría la opulencia. Fueras lebre!; te divertirías con tu ejercicio, y hallarías la comida á presada, pero naciste buey...

–Buey, sí, y tú hombre; y pues me digiste quien soy: déjame que te diga con libertad quién eres. En caso de enojarte, ya no llevaré mayor castigo, que el que estoy esguardando. Eres racional, eres dueño, pero eres hombre. Cada bruto, me decías es de su condición; estate en lo dicho. Todos los conejos, las liebres, los gamos, los ciervos son medrosos; quien conoce á uno los conoce á todos, porque todos llevan esa condición. Todos los corderos, todas las palomas son sencillos; quien trató á uno, ya conoció a todos porque todos son unos en su candir. Todos los gorriones, todas las zorras, todos los micos son traidores; más quien conoció á uno, ya supo de todos, porque de todos es propia la traición. Todos los leones, tigres, lobos son crueles; y, visto uno, se supo de todos, porque de todos es propia la crueldad. Un perro es fiel, y son fieles todos los perros. Dime ahora, qué es el hombre, para que sepa yo qué son todos los hombres. Quien vio a un hombre, sólo conoció á ese, y acaso ni a ese conoció. Quien vio a muchos hombres, aún no vio al hombre; porque cada uno es hombre a su modo. Es verdad que uno es ciervo tímido; así es, que otro es cándido cordero; pero también es verdad, que uno es lobo sangriento, otro es zorra traydora; y aún hay muchos que á un tiempo son lobos, zorras, micos, gorriones. El león es león, nada más; es zorra la zorra, un lobo es lobo; pero un hombre suele serlo todo junto. Al león, á la zorra, á la mona podrán servir de ofensa lo que me intimas, que esa es su condición, como la mía; y han de ser sangrientos, crueles, voraces, engañosos, ó no han de ser leones, lobos, ó zorras. Pregunto ahora: ¿es esa la condición del hombre? ¿Pues por qué el hombre, si no es esa su condición, ha de ser cruel, y más que un león, engañoso y más que una zorra, carnicero y más que un buytre: y siendo uno solo, ha de ser buytre, zorra, y león, y aún ha de exceder a cada uno?

² Biblioteca de la Universidad de Valencia. M. S. 193. S/n.

Al tener juicio el león, conociera su altivez, su crueldad el lobo, sus engaños la zorra; y sería mucha culpa en ellos, si conociéndose, no se corrigieran; solo el hombre tiene esmero para conocerse, y no lo tiene para enmendarse.

Esto decía el buey, quando al golpe de una almádena cayó á los pies de su dueño.

La Pobreza y la Pereza

Si en el apólogo anterior José Ríos hace protagonista a un resignado buey parlante, casi a modo de fábula francesa seiscentista, en el que a continuación presentaremos se trata de personificaciones de diversas flaquezas propias del hombre: la Pobreza, la Pereza, la Necesidad, el Desengaño, la Vergüenza, etc. También este relato, como en el caso de *El Buey*, encierra una enseñanza moralizante, naturaleza que se halla más marcada si cabe al ser protagonizada por los mismos defectos humanos, que cobran animación como si fuesen seres humanos o atormentadas deidades. Con todo, no parece que Ríos concluyese esta fábula; así lo indicaría su línea argumental que no llega a resolverse, así como la ausencia de la característica firma con la que el autor solía rematar sus escritos.

La pobreza, aquí actora principal junto a la pereza, fue una constante preocupación de José Ríos en su dilatada labor pastoral, hecho que en Cullera le valió el epíteto de “padre de los menesterosos” y que en este apólogo aparece relacionada con otras debilidades humanas que bien debió conocer el clérigo ademucero entre sus feligreses. Veamos, pues, las tribulaciones de la *Pobreza* y de la *Pereza*, salidas de la pluma de Ríos³:

En una casa pagiza de las últimas de cierta villa estaban de asiento, bien recostadas la Pobreza y la Pereza, dos hermanas, poco parecidas pero muy compañeras. Hablaban entre sí, la una, quejándose de todos, la otra abultando dificultades en todo. Así hubieran hecho de la noche día, á no haver llegado la Necesidad, que no distava mucho, y haverlas empeñado al remedio. Levantóse bostezando la Pobreza a surtirse, levantándola la Necesidad de la mano; la Pereza entre bostezos hizo otro tanto; pero no pudo menos que acompañar a su amiga. Marchaban todas tres con pasos desiguales. La Necesidad tomó de la diestra á la Pobreza para que abanzara; la Pereza la asió de la izquierda, para que se detuviera. Creía la Pobreza á la Necesidad; pero obedecía a la Pereza. A quantos encontravan por la calle acometía la Necesidad para el remedio; pero les dijo un pasajero, que lo hallarían fácil, si las acompañava la Vergüenza. No sabían su casa, ni la conocían de cara ó de frente las dos primeras; y, aunque hicieron pesadas y pocas diligencias en su busca, el Desengaño, que, aunque tarde, les salió á una esquina, aseguró, que sola la Necesidad podría encontrarla, porque no suele dejarse hallar de quien la pierde. Partió en su busca la Necesidad; y no vino mal á la Pobreza; y la Pereza se alegró de tomar ocasión para retirarse á un zaguán de la casa solar de la Miseria, en que quedaron contentas, en casa de una parienta de la Necesidad, ó bien hija suya, como era Fama. [Sobierta] la Necesidad anduvo por hornos, tiendas, lavaderos, plazas, y otras oficinas, sin poder dar con ella hasta que entre unos niños la encontró de asiento; y sin reparar en que los inocentes oyeran su conversación, la saludó con mil ceremonias la Necesidad. Huyeron los niños, espantados de la feísima cara de la Necesidad. Habló ésta con voz humilde (que no siempre suele) y dixo:

³ Biblioteca de la Universidad de Valencia. M. S. 193. S/n.

–A todos, venerable doncella, he menester, por ser la misma Necesidad; ni yo pensava, que, aunque de todos necesito, podría algún día haverte menester. Esta tarde me dixo el Desengaño (que siempre habla por tarde el Desengaño) que ni aun por la Necesidad se agenciaría el remedio de la Pobreza, si la Vergüenza no sacava la cara; por tanto vengo á rogaros, que hagáis lado á la Pobreza, la valgáis, la acompañéis, para que así ella sea favorecida, y pueda yo descansar, pues á cada paso he de dar con ella, sin quererme dejar.

La Vergüenza, que aún no se había quitado el velo del rostro, lo corrió un tanto, y dixo:

–Aunque todos necesitan de mí, me buscan pocos, quizá por desengañados, de que quien me pierde una vez, ya no me encontrará otra. Yo soy la que vence las campañas, si voy con los Generales, y Xefes; quien defiende las fortalezas si estoy dentro de ellas con el Governador, y soldados. Por mí triunfan las doncellas, vencen las casadas, y son constantes las viudas si voy con ellas. Todo quanto os he dicho que se hace por mí, debiera hacerse por el motivo más alto, que es Dios, así es, y así debe ser; pero no sucede siempre así por estar ya el mundo tal. Ved ya, oh Necesidad, si tendré que hacer, teniendo que hacer tanto. Vos, Necesidad, queréis que vaya á buscar la Pobreza; y andáis erradas la Necesidad y Pobreza. A mí me han de buscar, si no me perdieron; si me perdieron, me buscan en vano.

Dixo la Necesidad:

–Así es verdad; pero esta vez no os puede buscar por sí, porque una compañera suya no la permite moverse.

Luego dixo la Vergüenza:

–Yo apuesto que esa su compañera es la Pobreza, porque con ella se anduvo ordinariamente la Pobreza.

Raúl Eslava Blasco
(Valencia)

